ADELANTE!

PERIÓDICO DEL Y PARA EL PUEBLO

AÑO I • • NÚMS. 15-16 | Montevideo, Noviembre 11 de 1909 | Dirección: CALLE NUEVA YORK, 128•

Porte pagado.

¡11 de Noviembre de 1887!

Los anarquistas de Chicago

Cogieron á estos cuatro hombres llenos de vida; echaron sobre ellos el sudario, que más tarde cubriría sus caras cárdenas; sacaron sus ojos de las órbitas, por el delito de haber visto demasiado en el porvenir de la humanidad y descuajaron su lengua, por decir palabras anunciadoras de justicia y de verdad.

Marchaban balanceándose, trabados como las bestias de los mataderos, por cuerdas ceñidas á los tobillos, rememorando la muerte de su hermano Luis Lingg, que sacrificó su vida pensando salvar las de ellos cuatro. Habían oído la explosión del cartucho, la confusión, los gritos de dolor. Contaron los minutos de la agonía, y, su ensueño de aquella noche suprema, vióse turbado por un doble martilleo: el del ataúd para el muerto; el del garrote para los vivos; para ellos.

La víspera desataron sus ligaduras, y, por vez postrera, las esposas, las madres, lloraron en sus brazos. En aquellos calabozos, habló la tragedia. La compañera de Fischer, la de Parsons, la madre de Spies y su novia, la infeliz y bonita niña Van Zaudt, regaron con sus lágrimas las baldosas del calabozo.

La mujer de Parsons volvió por la mañana. Golpeó en la mazmorra suavemente, suplicó le permitiesen abrazar á su marido que aún vivía, pero de quien ella había quedado viuda.

—¡No! ¡No!

Ella nada dijo: ni gritó, ni lloró: enganchó las uñas á la puerta, y, súbitamente, cayó sobre el enlosado, dando un grito sobrehumano, que vagó por toda la prisión.

Nadie sabe si Parsons reconoció aquella voz. Desde aquel momento, grandes, largas, hondas arrugas, estriaron su cara.

Los cuatro condenados escucharon orgullosamente, brillando en sus ojos un no sé qué de sobrehumano, la sentencia de muerte. En el patíbulo, Fischer—el alemán Fischer,—entonó la Marsellesa, la heroica canción francesa, cuya ala roja flotaba sobre aquellos mártires.

Cogió el verdugo las cuatro cuerdas, las pasó por los cuellos, cedieron las trampas, y quedaron los cuatro ahorcados en el espacio, como cuatro grandes badajos tocando á somatén: el somatén de las represalias.

Antes de morir, Spies dijo: «Salud, tiempo en el que nuestro silencio será más poderoso que nuestras voces ahogadas por la muerte».

Engel, gritó: «¡Hurra por la Anarquía!», Fischer: «¡Viva la Anarquía!». La última frase del testamento de Lingg, era: «¡Viva la Anarquía!».

Mad. Séverine.

Se reparte gratis.

¡TODO POR LA ANARQUÍA!

A la Anarquía y á los anarquistas dedicamos este número extraordinario.

Como ofrenda de solidaridad para con los mártires de Chicago, lo mismo que para los fusilados recientemente en los fosos de Montjuich, damos á la publicidad este número de ¡Adelante!, no como epitafio para sus tumbas, que no lo necesitan quienes mueren por los ideales de la verdad y de la justicia, sino como cartel de desafío á la tiranía embravecida y como programa brillante de esta querida idea anarquista que es nuestro corazón y es nuestra vida.

Sencillamente serenos ante los desmanes del canibalismo autoritario entrometido, cariñosamente relacionados en el día de hoy con los explotados de todos los países, nuestro ser entero vibra de entusiasmo al presenciar hoy, 11 de Noviembre, la protesta mundial que elevan conscientemente los libres del universo, como un nuevo y colosal reto lanzado á la faz de la tiranía.

Ninguna conmemoración mejor de la barbarie de Chicago, ningún recuerdo más justo de Ferrer y los demás fusilados en Montjuich, ninguna condenación más acerba de tanto y tanto crimen como la publicación clara y sencilla de las innumerables bellezas del ideal por el que fueron asesinados tan villanamente compañeros nuestros muy queridos.

¿Qué mayor acusación puede haber contra esta sociedad miserable que atormenta y fusila fríamente, premeditadamente, á hombres cuya única aspiración era la de ver felices á los humanos, que la divulgación de los bellos ideales porque sucumbieron?

Sin jactancia, sin bravuconería alguna, aquí nos tenéis, grandes y pequeños tiranos; frente á frente, sin alardes de matonismo, pero con mucha hiel en las venas y mucho, pero mucho odio reconcentrado.

Eso, para vosotros; para los nuestros, para los que con nosotros luchan y con nosotros sufren, mucho, muchísimo cariño. Así somos nosotros: agresivos para unos, amorosos para otros. Suspirando por la paz, pero viéndonos precisados á vivir en perpetua guerra.

Así lo habéis querido. Conformaos, pues.

¡Todo por la Anarquía!

Los que escriben "¡Adelante!".

All communications, exchanges, etc., to be addressed to «¡Adelante!», 128a, Nueva York Street, Montevideo.

REBELIÓN Y REVOLUCIÓN

I

No dejemos extinguir el último eco de los acontecimientos de Cataluña sin aprovechar las lecciones que de ellos se desprenden.

Tanto de lo que hemos leído como de las conversaciones sostenidas con revolucionarios fugados de Barcelona, se deduce que, si bien las causas del aborto del movimiento son numerosas, destácase entre todas la principal, que es la siguiente: el pueblo hallábase pronto para rebelarse—él lo ha mostrado—contra los abusos del poder que sufría, pero no se encontraba preparado para instaurar un nuevo orden de cosas.

Si los republicanos se hubieran mezclado en la lucha, hubieran podido orientar la revuelta hacia fines que les son propios, pero la acción anarquista les intimidó. Y los anarquistas, rebeldes de sentimientos—pero no de consciencia—una vez finalizada su obra de destrucción no supieron qué hacer de la victoria que, en ciertas localidades, les venía inopinadamente á las manos.

En Sabadell parece que la insurrección fué durante un día dueña de la villa, pero una vez lograda la victoria no se hizo más que esperar los acontecimientos. Y los acontecimientos fueron la ofensiva de la fuerza armada que había recibido refuerzos.

También en Barcelona parece que la insurrección fué, durante un momento, dueña de la ciudad, pero, sin duda, el incendio de los conventos y de las iglesias bastó para agotar la concepción revolucionaria de los rebeldes, pues una vez hecho ésto no se ha sabido hacer otra cosa que esperar la vuelta de la ofensiva de la autoridad.

¿Actos que caractericen una revolución económica? Ninguno. Ningún ensayo de realización de las reivindicaciones sociales.

Los anarquistas no hubieran sido escuchados: de acuerdo; pero es que tampoco sabían qué hacer, pues no tuvieron el gesto necesario para hacer que la revuelta se trocara en revolución. Y lo peor de todo es que, esto que se ha producido en España, se reproducirá en Francia si estallase alguna crisis revolucionaria.

Esta teoría ha sido mal comprendida, pues parece que los individuos no saben bien lo que quieren ni si sabrían aprovecharse de una victoria si, por casualidad, les viniera á las manos.

Ahora bien, cuando se relee con atención la historia de las revoluciones pasadas, obsérvase que las que han hecho algo lo deben exclusivamente al pueblo levantado en armas; pues los nuevos poderes no hicieron otra cosa que sancionar lo que les fué impuesto por los «actos»; saben, apoderarse de lo hecho de la misma manera que los políticos saben acapararse las castañas que los rebeldes, tras de sacarlas del fuego, les presentan hasta peladas, pues se dan cuenta de que las batallas en las calles y el derrumbamiento del viejo orden de cosas no son más que el prefacio de lo que queda por hacer.

Sin duda alguna, es indispensable hacer desaparecer del camino á los agentes de la autoridad. Hay que luchar contra ellos para evitar tenerlos á nuestra espalda, pues los actos que deben asegurar el triunfo de la revolución no pueden tener efecto sin antes haber desalojado la calle de la policía y del ejército, toda vez que esta medida tiende principalmente á dejar el sitio libre para los que sepan cómo ocuparlo.

La verdadera victoria consiste en que los más hábiles sepan substituir á las autoridades y asegurarse la dirección de las nuevas fuerzas, pero como todo el ideal de estos «aprovechadores» es el de gozar del poder y la mejor manera de conseguirlo es la de defender los intereses de los que poseen, resulta que los días siguientes á los de la revolución son verdaderamente deplorables, debido á que los revolucionarios no han sabido demoler radicalmente dichos intereses.

◊

Y es que la opinión corriente, desde hace mucho tiempo, entre los anarquistas, es que es cuestión de perder el tiempo el divagar lo que debe hacerse durante la revolución ó después de ella. Considérase que la teoría es ya sobrado suficiente y que hay que pasar á la acción, atizando las cóleras, sublevando los ánimos y predisponiendo á la rebeldía y á la indisciplina el espíritu de los individuos, creyendo que con ésto basta para derribar la sociedad burguesa.

Lo hemos visto en Rusia, lo vemos en España, lo seguiremos viendo constantemente si continuamos imaginándonos que una revolución, que debe hacerse con elementos decididos, puede hacerse como las revoluciones políticas, bajo la simple guía de un plan de revuelta, donde el rol de los sublevados consiste pura y simplemente en desembarazar el camino á los que saben imponerse.

◊

Sé de antemano todas las buenas razones que pueden oponerse: «los individuos tienen necesidad de ser secundados; la teoría, con sus razonamientos, es impropia para hacer rebeldes; lo que hace falta, para arrancar de su inercia á la masa, demasiado inclinada á sufrir pasivamente la explotación, es la palabra que azota, la frase que subleva.

Si los anarquistas tuvieran por objeto, en la revolución que se avecina, echar al gobierno para instalarse en su lugar, *hacer* rebeldes es suficiente, puesto que ellos ejecutarán ciegamente lo que se les ordene.

Pero no se trata de eso. En periodo revolucionario, como en tiempo de propaganda, como en cualquier circunstancia de la vida, los anarquistas, ó por mejor decir, los que *saben* y los que tienen más iniciativa, deberán dar el ejemplo para arrastrar á los que tienen necesidad de un impulso para moverse, porque hay que tener presente que tomar la dirección de un movimiento desplegando iniciativa y actividad no es lo mismo que ordenar y agitar.

En el primer caso, si la voluntad de los que son impulsados se halla algo violentada, no es, en realidad, impulsada más que en el sentido que ella misma acepta. Hay que tratar, pues, de que los que sufren el impulso tengan bastante espíritu crítico para no seguir otro camino que el que ellos hubieran escogido; en el segundo caso, cuanto menos razonen mejor.

Y he aquí por qué, á pesar de ser mala hora la presente para abogar por la teoría, yo insisto en creer que hay más necesidad de ella ahora que nunca.

Juan Grave.

El asesinato de Ferrer y nuestro modo de pensar

Con la debida oportunidad, es decir, en los días 14 y 16 del pasado mes de Octubre, el grupo editor de «¡Adelante!» repartió por Montevideo dos distintos manifiestos exteriorizadores de nuestra protesta por el odioso crimen cometido por el gobierno español en la persona del tenaz é incansable propagandista del racionalismo, profesor Francisco Ferrer.

El pueblo, que no sabe, ni quiere saber en estos casos, de lloros ni de torpes sentimentalismos, ha levantado majestuosamente el brazo para acusar como autores de la muerte de Ferrer á Alfonso XIII y á Maura, dejando ya promulgada la sentencia á que ambos se han hecho acreedores. Y que no se hará esperar.

Idea grandiosa

"ATENEO POPULAR FRANCISCO FERRER"

Los hombres conscientes que en este rincón de América han sido los más hondamente heridos con la desaparición del escenario de la vida del que se llamó Francisco Ferrer, han resuelto, para exteriorizar su nombre y proseguir su magna y fecunda obra, levantar á costa del peculio popular, un Ateneo que, llevando el nombre del mártir sacrificado en aras de la libertad humana en el inexorable castillo de Montjuich, sirva para las comuniones paternales del pueblo, del siempre privado de casa propia donde poder colgar los marcos que encuadran la imagen de sus hijos predilectos y y de sus héroes sin monumento.

El Ateneo Popular, que así se denominará la obra que una comisión digna y merecedora de esa grandiosa idea está en vías de llevar á la práctica con el apoyo de todas las personas desprejuiciadas, ha de ser también asiento de una gran escuela laica, basada en la educación científica racionalista, tal como fué en programa la Escuela Moderna de Barcelona y son, como fruto de ella, otras que sumando varios cientos de escuelas de verdad, siembran en distintas partes del mundo la simiente del saber, empapado en savia de regeneracion humanitaria.

Es de esperar que tan grandiosa obra llegue á su fin, para lo cual es necesario que todos los que aman la libertad propia y de los demás, aporten su concurso, ya en una ú otra forma.

Nosotros, que obramos como pensamos, ponemos á merced de ese magno proyecto todo el amor, el cariño, que es necesario en casos semejantes para que sumado á esto nuestro pobre peculio monetario, podamos tener la satisfacción de cumplir con nuestra conciencia que pregona, porque ama la verdad.

Exortamos á los conscientes á que nos imiten.

Ante la miseria

Es doloroso consignarlo, pero es preciso; la la miseria nos circunda. Vemos en las sombras de la necesidad unas manos expectrales que se crispan ferozmente y cuando cerramos los ojos para no ver sus signos horribles, sentimos en el cuello como la presión de algo que quiere ahogarnos; son las manos del delito, del crimen, del vicio, del horror, que nos impulsan á salir fuera de nuestra senda de honradez medida, para caer en el abismo de la perdición, de la delincuencia.

¿Cómo escapar de esta vorágine de cosas que amenaza arrastrarnos á una finalidad horrorosa?

¿Cómo ser buenos, honrados, nobles y serviles?

Solo un dilema salvable se presenta en la caótica confusión que nos conjura: ser conscientes, ser rebeldes.

La vida no puede, no debe seguir así; á pesar de que nuestros músculos agotan su virilidad en trabajar bestialmente, sin cesar y en continuidad excesiva, el salario apenas nos alcanza para cubrir en el presupuesto de gastos del hogar, la suma metálica que representa el abastecimiento de pan para nuestro consumo; los artículos de alimentación, valen lo que antes valían los artículos de lujos, puestos que estos por su superfluidad valen menos; el pago de alquiler va en aumento; el trabajo, la facilidad de ganarnos el pan, disminuye; las enfermedades, debido al exceso de trabajo y de necesidad alimenticia, hace de nosotros pasto para sus satisfacciones morbosas y en fin todo lo que es dolor, todo lo que significa malestar, se manifiesta tan horriblemente en cuanto nos rodea, que, hay momentos en que la vida con el peso de los barbarismos dimanados del régimen absurdo que aplasta con su iniquidad la humanidad, se nos muestra tan horriblemente ataviada, que por fuerza tenemos que maldecir soñando en nuestra intimidad una venganza, á todo aquello que directa ó indirectamente nos hace decir: ¡Maldita sea la vida! Pero, como ya lo hemos dicho, hay una puerta de escape en este escenario de tragedia: la conciencia y la rebeldía nos pueden salvar á flote en este naufragio moral y material.

Seremos conscientes y rebeldes; así lo quiere el medio, así lo necesita el ambiente.

No os extrañeis pues, señores que repartís justicia, individual ó colectivamente, que la delincuencia aumente: vosotros sois los culpables; nosotros tenemos hambre y queremos comer, los nuestros, en nuestro hogar, se mueren de miseria. ¿Qué hacer?

La respuesta la tenemos harto sabida, no es necesario decirla para ser delincuentes antes que el serlo no nos reporte un beneficio.

Obraremos.

Adresser tout ce qui concerne «¡Adelante!» à la rue de Nueva York 128a, Montevideo.

Cion, kio rilatas al «¡Adelante!», oni sendu Calle Nueva York 128a, Montevideo.

ALGO DE LOS HOMBRES

LA GUERRA

No pasa día sin que en alguna parte de la tierra retumbe el cañón. Y por cada libra de pólvora que se quema existen innumerables toneladas que solo esperan una orden, un signo, un roce ligero para estallar.

La guerra triunfa todavía de la evolución moral porque se ha hecho científica, porque se ha convertido en un vasto trabajo inteligente. Ha organizado un tejido de oficios y de carreras. Ocupa casi todo el hueco de incontables cerebros, donde no hay ya lugar ni para ideas de altruismo abstracto, ni para ferocidades gratuitas. El artillero empleado en apuntar su cañón contra el obstáculo casi invisible no tiene nada de feroz. Es congénere del astrónomo que apunta su telescopio. No es un bestia sediento de sangre, ni un patriota abnegado, ni un apóstol de ningún credo. Es sencillamente un técnico. El tecnicismo es el alma de nuestra época; Que queréis! De tanto hacer máquinas, nos vamos haciendo máquinas, máquinas de pensar, máquinas de curar, máquinas de matar... Es lo mismo...

La esperanza, en estos instantes, luce del lado de los admirables sports de los Shackleton y de los Blériot. Luce también del lado del antimilitarismo activo, porque sin duda el soldado que se niega á la agresión internacional es más audaz que el esclavo de la disciplina. Y además es menos máquina...

Rafael Barrett.

MILITARISMO

Siendo un hecho innegable que el militarismo solo sirve los intereses de los privilegiados, contra los intereses, la tranquilidad y la libertad de los pueblos; siendo su fuerza la valla más poderosa que se opone á la evolución humana hacia su positivo bienestar, por cuanto es el sostén del Estado, de la propiedad, del clericalismo, instituciones todas ellas solidarias de la expoliación de la sociedad laboriosa, creadora de todas las riquezas; siendo todo esto verdad, claro es, como la luz del día, que no son los hombres, los ciudadanos, los pueblos, los que alteran la paz y la armonía social, justificando la necesidad de los ejércitos, sino bien al contrario, son los ejércitos los perturbadores de la paz pública, los que producen la guerra interior y exteriormente, arruinando los pueblos, condenándolos á la esclavitud y á la miseria contra toda ley natural.

No es posible admitir hoy que la arbitrariedad reinante subsiste sin la razón de la fuerza, porque bien poco cautivan ya á la sociedad las farsas religiosas, la hipocresia del Estado, los sofismas económicos, que no pueden ya sostenerse sino llenando la superficie de la tierra de cárceles, presidios y cañones. Es por esto que el militarismo es el último argumento y el último refugio de todos los explotadores, su excelsa y protectora divinidad. Vedle con qué delirante afán se apropia de todos los inventos mortíferos; cómo amontonan materiales de guerra; con qué solicitud los guardan y vigilan, procurando no sean arrebatados por los pueblos; observad como pasean por las ciudades sus legiones de defensores, para convencer á todos de su gran poder, de que hay que someterse...

A. Pellicer Paraire.

YO, GOBIERNO...

Yo, Gobierno, declararía inmediatamente en huelga todos los Códigos y leyes; pero como por algo habría cogido las consabidas riendas, impondría la única de mi voluntad, que, si no es santísima, vale tanto como todas las santísimas que en el tiempo hubo.

Yo, Gobierno, después de retirar de la circulación á obispos, curas, frailes, ministros, burgueses, oficinistas y demás perpetuadores de los estúpidos prejuicios que atan á la humanidad á la estaca de una inaguantable servidumbre, declararía libre el amor...

Yo, Gobierno, fusilaría á todos los simuladores de la ciencia, del arte y de la moral, y hecho esto, si aún quedaban súbditos en mi reino, les impondría el deber de ahorcarme para que nadie se atreviera en lo sucesivo á tener siquiera la funesta pretensión de gobernar á los demás.

Emiliano Iglesias.

LA VISIÓN DEL PORVENIR

El capital dejará de ser el ídolo, y el trabajo se alzará como ara en que todos los humanos depositen sus ofrendas. Concluirán las guerras: el amor será la ley del universo... La fraternidad, entrevista como sugestiva utopía, reinará al cabo en el planeta de la Tierra, y ante ella desaparecerán las artificiales diferencias de amo y esclavo, de rico y pobre, de hombre feliz y de hombre miserable. Y todo eso, logrado por el esfuerzo del cerebro, por el progreso y adaptación del cerebro á las leyes de la Naturaleza, al grande y sublime mecanismo universal.

Enrique Lluria.



LA CARAVANA

(FRAGMENTOS)

....

IX

—¡Qué infamia!—murmura Ivanoff después de oir el relato que con toda crudeza le ha hecho la Buzzi, á quien él llama Agueda, de los incidentes de la noche.

—Pues como te lo cuento ha sucedido—acaba Agueda.—Sin duda, Kardenhak esperaba que yo, resentida, le reclamaría á él la representación que, de acuerdo con él, ha dejado de pagarme el viejo zorro del teatro... Estas gentes son así... tan mezquinas somo viciosas... ¡Qué cuadrilla!

—¡Qué mundo!, ¡qué asco!—murmuró sordamente Ivanoff.—¡Sólo yo estoy en lo justo!

Y luego, sonriendo con cierta amargura:

—El valiente conquistador se habrá marchado contrariado de encontrarme aquí...

—Como le he dicho que eras mi hermano...

—¿Lo habrá creído?

—No; ha creído que eres mi amante.

—Pues se ha equivocado también...

—Es verdad; se ha equivocado también—dijo la Buzzi con cariñoso dolor..

—¡Agueda!—exclamó bruscamente Ivanoff, tomándola las manos.

—¡Ivan!—dijo ella, sintiendo un abandono de todo el cuerpo á la presión de aquellas manos que quemaban...

—¿Cuántas veces nos hemos encontrado por el mundo, este año, Agueda?

—Tres; las recuerdo bien. La primera en Moscou, en vuestro club, ¿recuerdas?... aquella noche siniestra del «programa» en el barrio. Habíamos proyectado un concierto á beneficio de los estudiantes, y la indignación y el dolor nos aguaron la fiesta... Todas aquellas noches habías venido tú al hotel á enseñarme en tu lengua, palabra por palabra, el «lied» de Borodine... ¿recuerdas?...

En tu manso país, lleno de encantos...

—Este país está muy lejos, Agueda...

—También me lo dijiste aquella noche. Tuvimos que atravesar, para llegar al club, las calles sembradas de cadáveres..., mucha sangre en la nieve... ¡qué dolor!.. La noche antes había aparecido ahorcado el el cuerpo de Gapone, que, la última vez que nos encontramos en París, en la casa de Mme. M... llevaba una barba suave y sedosa de Cristo, tenía unas manos transparentes y finas de momia y se concentraba y lloraba sin sollozos, sin contracciones, nada más que con lágrimas silenciosas, oyéndome cantar...

—¡Pobre Gapone!... ¡Qué infame olvido ha amortajado su memoria!... ¡Qué doble piedra de sepulcro!... ¡Qué ingrato es el mundo!... Pero los que le olvidaron deben temblar, Agueda; Gapone no ha muerto bien; era de los hombres que viven muchas vidas... ¡Oh, nadie me arrebatará esta idea!... Tenía el gesto impalpable de Lázaro resucitado...

Cuando Ivanoff entraba en esta agitación extraña, que cristalizaba en sus ojos de una manera luminosa y obsedante, la suave mujer que le quería solía tomarle la cabeza con las manos y dejarle en la frente un beso largo...

Ivanoff aceptaba con delicia aquella caricia redentora y solía decirle, después de recibirla:

—Gracias; me has vuelto á hacer humano.

Toda esta enfermiza exaltación del joven eslavo, tenía á la Buzzi—en el fondo tan natural y realista—fuera de sí y suspensa de él...

A veces, realmente emocionada y compadecida de las angustias morales de aquel muchacho infeliz, que parecía vivir todas las torturas de su raza, se sobreponía la Buzzi á sus propias emociones, procuraba distraerle, charlaba, gritaba, cantaba, reía, por él; y con una infinita compasión, amándole como una loca, le servía y le cuidaba como una madre...

Otras veces, incapaz de resistir el torrente sentimental que venía rugiendo en las palabras de Ivanoff, se dejaba arrebatar por él; lloraban los dos juntos, se hundían en la profundidad de un proceloso pesimismo, y aquellas crisis les rendían y les unían, cada vez más, como una batalla de amor.

Y de todos modos el poema sentimental de aquellas dos almas, que andaban desorbitadas, dando vueltas alrededor del mundo, en virtud de una incomprensible ley de inercia, como si buscaran un desconocido hilo de engarce, era un poema enfermizo, desigual, sin ritmo, dolorosamente intenso y espantosamente vago; un poema en constante formación, que llevaba dentro, por un modo extraño, toda la fatalidad misteriosa de las simas, y del que todavía no habían podido precisar una forma, ni habían llegado á formular una palabra...



X

—Aquella noche—continuó la Buzzi después de besar á Ivanoff en la frente—la policía que andaba buscando víctimas, penetrando á deshora en el local, nos estorbó el concierto. ¡Qué miedo pasé... horrible!... Sin saber cómo, me encontré en un coche con un comisario ruso á mi lado, que parecía alemán y me hacía preguntas en francés. Afortunadamente, tenía la conciencia limpia y en orden mis papeles. Me llevaron al hotel; el menudo comisario hizo un registro en mis papeles, tan arbitrario como minucioso. Yo empezaba á estar ya más irritada que asustada. Se me ocurrió avisar por teléfono al teatro, y vinieron alarmados y solícitos, á los pocos momentos, el director, Syloti, mi agente en Rusia, y Hasonow, mi amigo desde aquella noche en que tú me lo presentaste. Estos tres caballeros se entendieron en ruso con el comisario, que por fin se retiró pidiéndome excusas en una jerga incomprensible. A la mañana siguiente supe por tu carta, que me trajo Tatiana, tu precipitada fuga.

—Yo tenía la conciencia limpia, como tú; pero no tenía en orden mis papeles.

—Y ya no volví á tener noticias tuyas hasta París, aquella noche del concierto ruso en la Sala de los Agricultores. Haces mal, Ivan, en olvidarme de este modo, siempre que estamos separados.

—¿Olvidarte?

—Claro; no me escribes nunca.

—No, jamás. ¿Cómo voy á confiar al Estado, á quien odio, lo mejor de mi alma, que es el cariño que te tengo, Agueda? ¡Qué te escriba!... ¿Sabes tú lo que me pides?... ¿Voy á dejar que te lleguen mis verdades, mis santas y dolorosas verdades, por el camino oficial de todas las mentiras?...

Volvía Ivanoff á exaltarse; pero ahora le escuchaba la Buzzi embelesada, sin parpadear.

—¡No!—prosiguió el joven.—¡Nunca! Cuando tengo necesidad de verte, de oirte, de hablarte, de comunicarte mis ideas ó de consultarte mis propósitos, me aislo en un rincón del campo, ó me reconcentro asomado á la ventana de mi cuarto y en la alta serenidad de alguna noche. Así dejo que desborde de mi, en efluvios cálidos, intensos y casi materiales, la confesión ó la consulta que he de hacerte, y pido al aire humano, ó pido á los astros compasivos, que se encarguen de llevar á ti y de hacerte comprensivos y claros estos efluvios de mi mismo .. ¿No los has sentido llegar alguna vez furiosos, imperativos ó acariciadores, cuando menos los esperas, á veces entre los aplausos mismos de todo un público que te ovaciona?

—¡Oh, sí, los he sentido, Ivan!—respondió radiante la mujer, como si en aquel momento se le revelara inequívoco el enigma de capitales momentos de su vida, hasta entonces en vano interrogados. —Aquella misma noche de la fiesta rusa en París, hace ahora un mes, yo tenía la evidencia de que había de encontrarte, Ivan. Nada sabía de ti, nada me habías dicho, nadie me había traído noticias tuyas. Supe, por mi agente, que estabas desterrado, que la policía te buscaba; nada más. Y sin embargo, aquella noche me puse, al ir al concierto, el mismo traje de crespón blanco adornado con hiedras que llevaba el día en que te conocí, la única vez que me has llamado hermosa...

—Es verdad; aquel día yo no estaba muy sereno...

—No me dijiste nada ó casi nada la noche de la fiesta rusa, en la Sala de los Agricultores... Y, sin embargo, canté aquella noche el «lied» de Borodine...

En tu manso país, lleno de encantos...

con las mismas palabras rusas y con la misma entonación que tú me lo habías enseñado...

—Cantaste como una diosa de la fatalidad. Por eso me marché sin despedirte.

—Todos vinieron á felicitarme y á todos les dejé, desorientada y loca, refugiándome en mi coche... «Esto se acaba, me dije entre mí; no me tiene ninguna consideración; le soy indiferente; juega comigo ó me desprecia. Es todo de sus ideas y de sus rebeldías». Yo iba pensando estas cosas, cuando tú pasaste por la acera entre la turba de tus compañeros. Entonces acababa de decirme Saminow, el que había organizado el concierto: «No sabe usted con qué emoción le doy las gracias; es para costear el viaje de tres muchachos que deben salir mañana



hacia Rusia con pasaporte falso. Van sorteados; ya debe usted suponer por qué. Los verdugos encuentran verdugos»... Yo tenía una espantosa angustia; tú pasabas, pálido, como si huyeras... En aquel momento tuve una adivinación horrible y casi me desvanecí... Tú acababas de saludarme con la mano, sonriendo... sonriendo de una manera tristísima... Saminow dió al cochero mi dirección... Yo tenía clavados los ojos en una sombra negra que iba alejándose en la obscuridad... Arrancó el coche... No supe más de ti; después de este segundo encuentro, ni unas líneas de despedida... El silencio, la inquietud, la duda horrible hasta hoy... Pero no me importa, Ivan; te acabo de encontrar por la tercera vez en este año; estamos lejos del mundo, lejos del tiempo, lejos de todos en este rincón de Bruselas; los dos juntos, hablando los dos... Todas mis angustias me parecen bien empleadas para llegar á este momento.

Había caído su blanda cabeza en el hombro del muchacho esclavo, que, pálido, humillaba la suya para contemplarla con ojos llorosos.

—¿Cuánto tiempo estaremos juntos, Ivan?... ¿Qué le das á tu pobre Agueda? ¿Cuántas horas á la dueña de tu vida?

—Pocas.

—¿Pocas?—preguntó la mujer, levantando la cabeza con positivo desencanto.

—Antes de rayar el día nos habremos separado...

—¡Y yo que renunciaba ya á mi viaje de mañana!

—No, Agueda; si mañana tenías dispuesto salir de Bruselas, debes salir; bien pensado, es lo mejor.

—Me marcharé—respondió Agueda suspirando y reteniendo desde aquel momento con voluntad tenaz todos los abandonos sueltos de su arbitrio.

XI

Agueda se había levantado y con un gesto indefinible tuvo aquella reconquista de sí misma que suelen exteriorizar las mujeres en ciertos momentos, ordenando con sólo un gesto vago la descompuesta libertad de los trajes flotantes, de las cintas y de los propios cabellos; pasaron sus dedos de marfil, lustrosos y blancos, por el incendio rojo que tenía Ivanoff en su cabeza abatida; con la mano siniestra se aguantaba Agueda la seda de su riquísimo «pegnoir» contra el vivo y macizo prodigio de su cuerpo; en realidad, aquella mano en aquel sitio era una muralla, una defensa...

—Has hecho mal, Ivan—dijo Agueda con un reproche dulce, con una voz lejana, soterrada—en no advertirme antes que nuestro encuentro debía durar horas solamente... Al verte instalado aquí, yo había creído que por fin encontrábamos los dos la hora de calma que buscamos para amar...

—Una hora, la tenemos—respondió Ivanoff clavando sus ojos en la mujer con una fiebre y una codicia que ésta no le conocía...

—¡Una hora!... Pero hemos convenido, Ivan, en que nuestra hora ha de ser eterna... Somos los dos viandantes de una caravana inquieta que, á través del mundo y de los hombres, de todos los pueblos y de todas las razas, va buscando la Meca donde hacer culto á su ideal... No desperdiciemos nuestro amor en los recuerdos del camino; hablemos de él mientras andamos, para hacer con él nuestro reposo á la llegada... Me lo has dicho muchas veces y te he dado la razón... En esta vida errante, si me quitaran la esperanza de este reposo final, ¿qué me quedaría?... ¿Por qué me miras de ese modo, Ivan? ¿Por qué me tientas?... Si todavía tienes camino que andar... ¿por qué quieres detenerte?... Piensa que luego no seremos dueños de separarnos; piensa que, á gusto ó á disgusto, donde esté nuestro amor estará nuestro término... Y ni tu ni yo podemos detenernos todavía...

—¿Por qué?

—Tú mismo lo has dicho... Dentro de una hora...

—En el fondo, ¿por qué no podríamos uno y otro abandonarlo todo para no pensar más que en nuestro amor?

—Y en el fondo, ¿quien nos dice que este amor nuestro no se alimenta de la misma inquietud de nuestra marcha y no nace de la misma privación de nuestra vida? ¡Quién sabe!... Estamos hechos á los encuentros inesperados en las revueltas del camino... A los delirios fugaces y á los inmensos recuerdos paladeados deliciosamente... Vivimos de espíritu de amor, sin mezcla de materia... Déjame, Ivan; dentro de una hora nos habremos separado... Y yo pienso, cuando no te vea, en la delicia secreta y corrosiva del deseo...

Los brazos de Ivan cayeron con desaliento. Había intentado abrazar á la mujer, y las manos de ella le habían rechazado victoriosa y voluntariamente.

Ahora sonreía ella y le imponía silencio y juicio, poniéndose sobre los labios purpurinos la nieve de sus dedos.

El fogón de antracita acababa de apagarse... Agueda sintió frío... Dió un reloj, en el silencio del hotel, cuatro campanadas...

Una imperceptible crispación recorrió las facciones del eslavo.

Agueda, ya en completo dominio de si misma, tomó el jarrito que estaba calentándose al hogar, puso dos vasos de cristal sobre la mesa y volcó, mitad por mitad en cada vaso, el contenido tibio y blanco de aquel jarro...

—Toma—le dijo á Ivan,—que estando en plena realidad vivimos ahora en plena leyenda... También con leche de sus camellos se obsequian al encontrarse en el camino los peregrinos errantes de las caravanas que van y vienen á la Caba...

—¡Nuestra Caba está lejos, Agueda!

—Ha de caer un mundo y ha de levantarse otro sobre sus cenizas para que la encontremos, Ivan.

—¡Es verdad; y caerá!—dijo Ivanoff con un acento extraño.

Habían apurado en silencio los dos vasos...

Agueda se había internado en su dormitorio, y durante unos instantes, mientras Ivanoff acariciaba con sus dedos flácidos y vagos su vaso y clavaba sus ojos en el vacío, inmóviles, oyóse dentro del cuartito un rumor discreto y blando de ropas trasegadas...

—¿No me dices adiós?...—gritó Agueda al cabo de un momento.

XII

La deliciosa mujer, resignada y tranquila, se había acostado.

Cuando entró Ivan en el cuarto, sacó ella sus dos brazos de entre el montón blando de las ropas, y unos segundos aun permanecieron ambos abrazados...

—No me olvides—dijo la mujer al separarse...

—¿Olvidarte?

Ivanoff se había sentado familiarmente en la misma cama, á los pies...

Una melancolía infinita había sucedido á su codicia de antes...

Miraba aquella débil mujer, él que se preparaba á hacerla sufrir tanto, como un padre á su hijo.

Entonces sintió la necesidad de decirle cosas agradables.

Hablaron de pequeñas y menudas frivolidades.

La Buzzi reía, reía argentinamente, removiéndose en su cama, como un animalito en el campo, al contarle á Ivanoff la escena de Kardenbak en la calle con el mundo.

Ivanoff sonreía también, casi paternal.

Le preguntó á la Buzzi por sus nuevas contratas...

Hablaban de los compañeros comunes; de escenas de viaje...

Descendieron á detalles prácticos, caseros casi; la Buzzi estaba bien de dinero... En cambio, Ivanoff...

La Buzzi se empeñó en que Ivan no se fuera sin dinero.

Estas escenas eran entre ambos muy comunes... Aquellas dos almas que en su comercio sentimental tenían pudores exquisitos, incomprensibles para el resto de los mortales, eran, respecto á todos los casos materiales de la vida, de una libertad y de una sencillez de tratos primitivos...

Desde su cama, hincando el codo fino en la menuda almohada, le indicó la Buzzi al eslavo el sitio en que encontraría dinero.

Quiso complacerla Ivan también en esto...

Fué á buscarlo... Cuando regresó á su sitio, después de unos instantes, Agueda había entornado los ojos...

Ivanoff contuvo la respiración para mirarla.

La mujer, sonriendo con beatitud, volvió á entreabrir los párpados.

—No hagas caso—dijo;—estoy rendida.

—Duerme, vida, duerme... No me marcho.

La Buzzi dió una vuelta... Se incorporó. Se besaron otra vez...

Ahora había vuelto á abatirse el cuerpo de ella, y el misterio del sueño comenzaba á consagrarlo por entero...

—Dame una mano, Ivan... Me dormiré más á gusto.. ¿Cuándo volveremos á vernos?

—Pronto, pronto... duerme...

—¡Qué ganas tengo de descansar, Ivan!...

—Calla..., calla... descansa ..

Un pequeño movimiento todavía; la mujer besaba la mano con que Ivanoff oprimía las suyas... Luego quedó inmóvil... La respiración, desigual al principio, se fué haciendo rítmica... De todo aquel cuerpo emanaba un relente tibio de juventud y de reposo... Dormía...

Ivanoff contuvo hasta la respiración algunos momentos.

Luego, poco á poco, con infinito sigilo, por no despertarla, retiró su mano.

Suspiró ella... Volvió Ivanoff á quedar inmóvil.

Pasaron unos segundos; Agueda no daba señales de vida...

Ivan apagó la luz; tomó su abrigo, su gorra de pieles; en una mirada circular dió su adiós á todo... Volvió al dormitorio; andando de puntillas llegó otra vez á la cama, besó á la mujer en la frente... Se le llenaron los ojos de lágrimas; vaciló; volvió á decidirse...

Bruscamente echó á andar; salió del pasillo; descendió la escalera; pidió que le abrieran la puerta, escondiéndose el rostro con el cuello de su gabán...

Salió á la calle... En una esquina, dos hombres le esperaban...

. . . .

. . . .

Y entonces recordó una frase de Ivan; una frase tristísima que Ivan le había dicho muchas veces, á propósito de su arte y del fervor con que las gentes la escuchaban...

—«Pobre Agueda!; cuando los hombres quieren que ciertas aves canten más y con mejor afinamiento, les sacan los ojos... De su mayor dolor extraen aquellas pobres aves sus mejores cantos, recordando el sol. . Y así nos pasa á todos, Agueda, y así te pasa á ti... Los dioses, codiciosos de tu canto, te han arrancado los ojos del alma y estás condenada eternamente á no ver la luz de gracia de la felicidad. No te importe, cantarás mejor. Yo canto también á mi manera... Si el mundo fuera un paraíso, tu andarías de noche por los árboles, y yo me arrastraría, al sol, por los caminos... Tú dirías á la luna tus canciones, y en los deliquios del paraíso real se diluirían las armonías de tu voz de ciega... Yo me arrastraría, acechando á los hombres, y en los recodos de los caminos, enroscándome á los troncos, les silbaría la tentación eterna, escupiendo á su cara de satisfechos en reposo la inquietud de mi espíritu réprobo y rebelde... ¡Mira tú—seguía diciendo Ivan en la memoria de Agueda;—mira tú de que pobres elementos está compuesta la doble caravana que da vuelta á los muros de la orgullosa Jericó!... Vosotros—los del arte—vais de Occidente á Oriente ciegos, sin ver las cosas impuras, y haciendo sonar en los oídos de los hombres las baladas de la armonía esencial... Nosotros—los de la rebelión—bajamos de Oriente á Occidente nutridos de todas las impurezas de la realidad, condenados por condenarlos, y diciendo nuestras canciones, que para anunciar el porvenir tienen que blasfemar el presente... Muchas veces he pensado, Agueda, que nuestras dos caravanas, las únicas que de una manera regular dan vuelta al mundo, podrían compararse á la procesión aquella de la gente bíblica que daba vueltas á los muros de Jericó... La tuya hace sonar trompetas de oro, la mía hace sonar trompas de hierro; pero la tuya y la mía, Agueda, van al mismo fin: los muros de Jericó no resistirán ni á tus cantos ni á los nuestros, y la ciudad maldita se hundirá»...

Eduardo Marquina.

Ilustraciones de A. Lozano.

NUESTRA PRENSA

"Mother Earth"

Es una de las mejores revistas que se publican en defensa de nuestro ideal.

Aparece mensualmente en Nueva York (Estados Unidos). Consta de 64 páginas de texto, tamaño encuadernable.

Publica interesantes é instructivas secciones. La información del movimiento internacional es también muy buena.

Se publica el día 15 de cada mes, bajo la dirección de nuestra compañera Emma Goldman, siendo sus principales colaboradores los camaradas Max Baginsky, Lillian Browne Thayer y Slovak, encargado este último de la información obrera y anarquista internacional.

La suscripción anual de «Mother Earth» cuesta un dollar.

La dirección de la revista es la siguiente: «Mother Earth», 210 East 13th Street, New York (Estados Unidos).

Organización anarquista

En Trapani (Italia) se ha constituido un Centro de Estudios S ciales. Periódicos, folletos y libros pueden enviarse á la dirección del Centro: Via Biscottai 139.

Acaba de constituirse en San Francisco de California (Estados Unidos), una Univ rsidad Popular, sostenida por socialistas y anarquistas. Dirección: 1318, Pottoel Street.

De aquí y de allá

Nuevas tarjetas postales—Dentro de unos días aparecerán dos diferentes tarjetas postales que, con la cooperación de varios sostenedores de «¡Adelante!» edita este periódico.

Se trata de dos lindísimas é intencionadas caricaturas sobre la ejecución de Ferrer y que constituyen, aparte de un significado revolucionario, dos bellas notas artísticas por la rica intención de los dibujantes y la maestría de su lápiz.

El precio de las tarjetas será el de 1.50 el 100, 0.75 el paquete de 50 y 0.40 el de 25. Sueltas, dos centésimos cada una.

Pueden adquirirse en la redacción del periódico, Nueva York 128a, en la librería «La Nueva Infancia», Uruguay 271 ó en la peluquería de Soriano y Tacuarembó.

En Buenos Aires, en la librería de Bautista Fueyo, Paseo de Julio.

La Nueva Senda—Este querido colega publicó un número extraordinario ilustrado con motivo de la ejecución de Ferrer, con varios artículos de propaganda y una reseña detallada de lo acaecido el 17 de Octubre.

Ateneo Francisco Ferrer—La Comisión encargada de la creación de este Centro de instrucción continúa activamente sus trabajos, habiendo impreso cinco mil tarjetas postales con el retrato de Ferrer y cuya venta íntegra se destina á aumentar los fondos para la fundación de la Escuela Moderna de esta ciudad.

Dichas tarjetas pueden adquirirse al precio único de cinco centésimos cada una en el Centro Internacional, en la librería «La Nueva Infancia», Uruguay 271 y en las redacciones de «El Surco», «La Nueva Senda» y «¡Adelante!»

Pro-presos—Siguen arbitrándose recursos para aliviar la situación de los compañeros presos á raíz de los disturbios habidos en las proximidades de la legación de España el día 17 del pasado Octubre.

No nos tomamos el trabajo de relatar lo acaecido por ser del dominio de todos los compañeros y porque, aparte de esto, es ya medio vieja la cosa.

De veinte y tres detenidos recabaron la libertad la mayor parte, quedando aún varios sujetos á proceso.

En beneficio de ellos se dará el sábado 13 una función en el Centro Internacional, prestando su concurso el cuadro «In arte libertas» y haciendo uso de la palabra algunos compañeros.

Bibliografía

Amor, folleto editado por el periódico El Iris, de Villa del Cerro, original del querido amigo Máximo Lirio Silva. Consta el folleto de 18 páginas, en las que el tema «Amor» es desarrollado concienzudamente. Puede solicitarse este folleto en la redacción de El Iris, Grecia 184, Cerro. Ignoramos si se vende ó ~~se distribuye gratis.~~

—Freedom, mensual libertario de Londres. Dirección: 127, Ossulston Street, Londres (Inglaterra).

~~—El Hambriento, mensual anarquista. Dirección:~~ Casilla 1076, Lima (Perú).

—Le Réveil-Il Risveglio, quincenal anarquista de Genève. Dirección: 6, rue des Savoises, Genève (Suiza).

La Battaglia, semanario anarquista de S. Paolo (Brasil). Hemos recibido los números 232 y 233, este último con un valiente artículo de Oreste Ristori sobre el asesinato de Ferrer.

—Luz y Vida, mensual libertario de Antofagasta (Chile). Recibimos el número 16, con bravos artículos sobre el asunto Ferrer.

A beneficio de "¡Adelante!"

Un compañero nos ha enviado, para venderlos en beneficio del periódico, 15 ejemplares de «En Anarquía», de Camile Pert, obra publicada por la Escuela Moderna de Barcelona y cuyo precio es de cuarenta centésimos, pero que nosotros cedemos á mitad de precio, esto es, á veinte centésimos.

Los pedidos pueden hacerse á la dirección del periódico, previo pago anticipado.

Los compañeros que deseen adquirir tarjetas postales de las editadas por el grupo sostenedor de «¡Adelante!» pueden dirigirse á nosotros solicitando el envío con arreglo á los siguientes precios:

100	tarjetas	$ 1.50
50	id	» 0.75
25	id	» 0.40

Correspondencia de Redacción

«J. Grave, París»—Nous avons reçu le número 12 de «Les Temps Nouveaux», même que la lettre envoyé au camarade Simonet. Le «Comité pro-víctimas de la tiranía española» il croit que la somme envoyé doit être employé à la propagande ou à l'agitation. Cependant, le camarade Grave est prié de donner à la somme l'emploi qu'il croit meilleur. Salut.

«Rebelión, Regla (Habana)»—Recibimos dos ejemplares número 2 de «¡Adelante!» Os agradecemos. En estos días escribiremos.

«Le Réveil, Genève (Suiza)»—Recibido canje. Continuamos enviando el nuestro.

«J. A. Perpignan (Francia)—Reçus les journaux et... merci à tous. La revue sera purement anarchiste et sans poésies.

«Groupe Libertaire, à Marseille (Francia)».—Les articles doivent être envoyés simplement au nom du journal. La direction de la revue est la même. Il faut de propagande.

«A. M., Salto (Uruguay)».—El número no apareció el día 15 de Octubre para ahorrarnos unos pesos y emplearlos en el extraordinario.

«¡Adelante!» publicará en su próximo número:

La obra reaccionaria de la Democracia Social

Segunda parte del artículo «La Anarquía y sus medios de lucha, la Internacional» trabajo original del compañero ruso Kropotkine y traducido de «Les Temps Nouveaux» expresamente para este periódico.

"IDEAS"

En el mes de Enero próximo aparecerá esta nueva revista libertaria cuya publicación corre á cargo del grupo editor de «¡Adelante!»

La revista constará de 24 páginas, con un tamaño igual al de «Mother Earth», de Nueva York y será puesta á la venta en todas partes al precio de cinco centésimos.

El carácter de la revista, como lo decimos anteriormente, es netamente anarquista, tratándose en ella con toda la amplitud necesaria las diversas fases de los problemas sociales, invitando con ello al estudio sosegado y laborioso del que tan falto se halla el pueblo y del que tanto precisamos todos en general.

Aparte de artículos originales de varios compañeros europeos y americanos y de una vasta información de los actos de propaganda llevados á cabo en todo el mundo, *Ideas* publicará asiduamente los más recientes artículos de Kropotkine, Grave, Malatesta, Malato, etc., que vayan apareciendo en *Freedom, Les Temps Nouveaux* y demás viejos camaradas periodísticos.

Ideas será, pues, un suplemento de *¡Adelante!*, un eco internacional más de esta gran idea anarquista que día á día, pese á los tiranos, va abriéndose nuevos rumbos y marcando nuevos derroteros de luz y de libertad á las mentes obscurecidas y fanatizadas de los hombres.

Expuestos nuestros pensamientos, sólo nos queda decir que de los buenos compañeros esperamos la ayuda y la adhesión que haga triunfar nuestra idea.

Por ahora no admitimos suscripciones, hasta tanto no veamos asegurada la publicación de la revista. Unicamente atenderemos los pedidos de ejemplares que se nos hagan, siempre que vengan acompañados del importe. Paquete de 25 ejemplares *un peso*, ciudad y campaña; extranjero.

Ideas publicará en cada número una relación escrupulosa de entradas y salidas, para conformidad de todos. Los beneficios, si los hubiere, se destinarán á la profusión de *¡Adelante!*

La dirección de la revista es la misma de *¡Adelante!*

Los muertos y los vivos

El calendario cristiano ha señalado la hora de las tristes evocaciones, y el cementerio, ese antro insaciable que encierra en su interior toda una humanidad muerta, reclama también á los vivos, como si quisiera sacudir su eterno mutismo y sentirse acariciado por el bullicio de los que viven, siempre dispuestos á las grandes solemnidades, ya se efectúen en un teatro, en una plaza de toros, en una iglesia ó en un campo santo.

Las tumbas, ayer solitarias y heladas, amenazadoras y frías como un mentís á todas las idealidades de la vida, rebosan hoy oropeles y guirnaldas, símbolos y flores, como en una resurrección original y extraña; y, ante el atavío de los muertos, desfila la multitud asombrada, sin saber si tanto fausto y tanta grandeza, adornan la tumba de un bandido ó si guardan el sueño de algún alma grande.

La multitud, olvidada de las humildes cruces de palo, bajo cuya numeración reglamentaria duermen sus deudos, se desgrana por las avenidas inmensas, admirando las pompas de los muertos ricos; que hasta allí ha degenerado el sentimiento; tienen vergüenza de llorar sobre la tierra cubierta de espinas, y para cumplir con la solemnidad cristiana, pasean por el cementerio codiciando la felicidad de los poderosos.

¡Pobres almas, que bajasteis á la tierra sin más caudal que un mundo de esperanzas truncas, de ambiciones nunca realizadas é idealidades no satisfechas!

No ya responsos, funerales, coronas, mausoleos ni ostentosas ceremonias unirán sus virtudes santas para aliviaros las penas de ultratumba; ni siquiera tendreis sobre vuestros huesos solitarios el calor de una lágrima ni el eco de un suspiro; porque durante el año nadie se acuerda de los muertos, y en vuestro día, ¿quién querrá arrodillarse sobre una sepultura plebeya?

Gracias que todo es mentira, y que el paraíso es una invención del fraile que medra con el dinero de los incautos, á quienes vende localidades de todas categorías y grados.

¡Almas de todos los mártires, cuyas vuestras energías fueron un desborde de amor y de lucha por el género humano: bien habéis conquistado un sitio preferente en la memoria de los pueblos donde os arrullan cantos y loores, todo sinceridad, todo sacrificio!

Los que nada han valido en la vida, son los que necesitan sobre sus lápidas pedrería y fausto y ostentación y mentira.

En la sociedad anarquista

VIII

¿EN QUÉ CONSISTE LA IGUALDAD?

Creemos haber discutido suficientemente, el primer tema de nuestro cuestionario explicando cómo se realizarán las funciones de cambio en la sociedad que los anarquistas proponemos y defendemos, con pérdida de vida y libertades, que hoy desempeña el dinero; y empezaremos á discutir el segundo punto, mucho más sencillo y simple que el primero, porque los que combaten la igualdad defendida por los anarquistas, que no es la igualdad ante la ley, paparrucha política que jamás ha sido realidad, se basan en un error que, aunque es más de interpretación que de concepto, podemos llamar capital.

Nuestros adversarios dicen, y algunos de los que han formulado la pregunta que ahora discutimos es probable que lo hayan dicho, que los anarquistas queremos la igualdad absoluta de inteligencia, de aptitudes y de derechos, y que tal pretensión es más propia de locos que de gente razonable.

Naturalmente que si nosotros pretendiéramos que los hombres todos tuvieran los mismos grados de inteligencia y de aptitud en todos los órdenes de la actividad humana, seríamos, no sólo unos desdichados sin méritos para llamar la atención de nadie, sino también unos imbéciles que quieren unificar las infinitas variaciones del espíritu humano. Mas la pretendida igualdad absoluta de cerebro y de ingenio, es infundio maquiavélico propalado por los políticos y los «sabios» burgueses con el propósito de hacer aborrecible y enmarañado el ideal anarquista.

Nosotros no queremos la igualdad en el orden intelectual, porque no pretendemos lo imposible, é imposible sería querer dotar á todas las personas de una misma inteligencia y de una misma aptitud, igualmente torpe ó igualmente lista. Lo que pretendemos nosotros es que la diversidad de aptitudes y de condiciones mentales no dé lugar al privilegio social, sino que todos los hombres y todas las mujeres, á quienes consideramos iguales en derechos á los seres masculinos, sin querer averiguar si les son ó no le son inferiores en inteligencia, porque la superioridad de inteligencia, como la de fuerza, no ha de suponer superioridad de derecho en una sociedad razonable y justiciera, gocen en el mundo de iguales beneficios y de igual rango social: el superior y único de seres humanos.

Nosotros, los anarquistas, reconocemos que las inteligencias y las aptitudes son múltiples, variadas é infinitas, y que por tal motivo, no pueden medirse ni clasificarse; reconocemos, además, que unos individuos son mejores que otros para cultivar el arte, para cultivar la ciencia, ó para desempeñar cualquiera otra comisión que no sea ni arte ni ciencia propiamente, por más que en la sociedad del porvenir y hasta casi en la del último período de la presente, toda obra humana tendrá parte de arte y parte de ciencia, hasta el barrer las calles, caso que tuvieran que barrerlas los hombres, y el labrar las tierras; pero el que uno se dedique á obras puramente artísticas porque así lo demanden sus dotes naturales, y otro se ocupe en menesteres puramente científicos, porque su inclinación á la ciencia le llamase preferentemente, no quiere decir que dentro de la sociedad hayan de valer más que los que se dedican á la agricultura ó á la construcción de edificios, como ocurre ahora.

Además, ya tenemos dicho que la sociedad presente, en su último período, que es la aurora de la sociedad futura, la vida será integral, como la enseñanza, y los hombres no se dedicarán siempre á una misma cosa, sino que se dedicarán á tantas profesiones como sea su gusto, determine su voluntad y exija el equilibrio orgánico, esto es, la necesidad de que funcione todo el mecanismo humano para que dure más y viva mejor.

Claro está que si decimos: «Yo soy un genio, y lo soy porque escribo buenos libros ó pinto buenos cuadros, y siendo un genio he de sentarme más alto en la escala social que los que no escriben libros, ni pintan cuadros, ni son genios tendremos necesidad de establecer grados en la sociedad, según sean las operaciones á que nos dediquemos».

Pero si decimos: «Todas las personas tenemos por principal misión en la tierra embellecernos mutuamente la existencia y todos contribuimos á ese embellecimiento con las diferentes aptitudes intelectuales de cada uno, que son diferentes, pero no mejores, peores ni superiores», no sabemos dónde ni en qué fundamentar la pretensión de las categorías sociales como consecuencia de las intelectuales, porque es convencional el valor de todas las inteligencias y de todas las aptitudes.

Nadie ha podido demostrar, ni lo ha intentado siquiera, si un agrónomo, ó un floricultor es inferior á un escritor, ó á un astrónomo. Que son diferentes, lo ve todo el mundo; que han de ser igualmente estimados y atendidos por la sociedad y por sus semejantes, porque los tres hacen lo que pueden para sí y para los demás, es cuestión de lógica y de justicia.

He aquí nuestra igualdad, la pretendida igualdad anarquista.

Iguales en derechos y en consideraciones, sean cuales fueran nuestras aptitudes intelectuales y manuales; diferentes hasta lo infinito, con esta diferencia que hace que entre todos los hombres se haga todo, en nuestras condiciones personales, que no han de llevar consigo categoría alguna, porque todos somos hermanos y todos hacemos por nosotros y por los demás cuanto nos es dable hacer, sin que ningún árbitro pueda definir cuál de los hombres que trabajan y producen por el bien y el progreso humano, entre los cuales no contamos más que á los trabajadores, á los artistas, y á los sabios en ciencias exactas y naturales, es más necesario y más útil á la vida.

Por otra parte, la enorme diferencia mental que hoy existe de un sabio que siempre ha vivido entre libros, experimentos y personas instruidas, á un pastor que no ha visto más que ovejas y peñas, y que divide á los hombres en sabios é ignorantes, no existirá en la sociedad futura, porque entonces dejará de monopolizarse, como ahora acontece, la ilustración y el saber, ni se heredarán las condiciones sociales al heredarse las fortunas y los medios para instruirse. Millones de almas hay negadas por completo intelectualmente, porque por completo les ha negado la sociedad á ellos, á sus familias y á su clase, el modo de instruirse, de ser y de saber.

Pero estas cuestiones, como otras de carácter moral y fisiológico, serán objeto del próximo artículo.

° °